

Antonio R. Romera

## Crítica de arte

La actividad artística ha tenido en las últimas semanas su culminación. Nuestras notas registran muchos nombres y las calificaciones recorren una gama extensa en el orden de la valorización. Hay un poco de todo. Diferencias de corrientes estilísticas, de escuelas; nombres consagrados y nombres de artistas jóvenes que empiezan a seguir un camino difícil, a veces, de predecir en su fortuna o desventura.

Hay —igualmente— para todos los gustos. Los que sienten dilección por el arte objetivo y de suma fidelidad a la naturaleza hallarán algo que satisfaga sus apetencias. Los amigos de una plástica liberada de la sumisión al tema tendrán también sus obras preferidas. La rutina y la innovación; lo auténtico y lo simulado; todo, en fin.

No han faltado las retrospectivas. En anterior crónica trajimos a estas columnas las referencias a tres exposiciones de ese tipo: Carlos Isamit, Israel Roa y Marcos Bontá.

Luego han venido otras: *Alberto Orrego Luco*, en la Sala del Ministerio de Educación; *Arturo Pacheco Altamirano*, en la Sala de la Alhambra; *Sergio Montecino*, en la Sala de la Universidad y *Agustín Abarca*, en esta misma sala.

El primero ha sido para muchos una revelación. La pintura de Orrego Luco tiene muchos rasgos de su tiempo, ese tiempo que va de 1875 a 1925 como a caballo sobre la gran vertiente que separa

los dos siglos. No siguió el maestro chileno las tendencias impresionistas. Su espíritu sobremanera sensible y su propia vida en Venecia parecieron condicionar la filiación a la corriente de refinamiento nacida con Canaletto y Guardi. De este último dice Adolfo Venturi: "...crea visiones nerviosas rápidas, agudas, del mar y de sus tempestades, transformando la realidad con fantasía impresionista, con espíritu moderno. Reflejos luminosos, cambios entre cielo y tierra de tonos velados por las brumas de la tarde..." Palabras éstas que convienen perfectamente a la manera preimpresionista del sutilísimo pintor chileno.

En la retrospectiva figuraban algunas obras ajenas totalmente a la mano del pintor. *Paisaje de Puerto Montt* es una falsificación burda.

Arturo Pacheco Altamirano exhibió un conjunto numeroso de telas, de diversa data, en la Alhambra y aún cuando se dijo que se advertía una renovación tras el viaje a Europa, lo cierto es que el conocido pintor insiste en su manera generosa y elocuente de manchar. Pacheco tiene sin duda grandes virtudes potenciales, pero las malgasta en un arte desdeñoso de toda reflexión, fiado siempre a su instinto.

Alguna vez hemos insistido en el efecto contraproducente de los comentaristas incondicionales. Un artista desprovisto de todo autocontrol crítico exige más que ninguno la palabra dura y el gesto desaprobatorio, precisamente para señalarle la necesidad urgente de una vigilancia constante sobre su facilidad expresiva.

Esos comentaristas del "olor acre de la brea" y de "las barcas azotadas por las tempestades" confunden lo plástico y lo literario y una visión pintada con una página de Conrad.

Sobre la chilenidad de estas estampas se suele insistir, y se pondera sobre toda medida el rasgo inequívocamente nativista de tales pinturas. A este respecto quizá sea oportuno citar las palabras que Luis Castillo dedicó a la exposición celebrada por Pacheco Altamirano en Madrid (*Cuadernos Hispanoamericanos*, N.º 52): "Si Arturo Pacheco Altamirano hubiera sido español habríamos dicho con rapi-

dez que andaba en los alrededores de la escuela levantina; pero siendo, como lo es, chileno y autodidacto, según se nos indica, no sabemos qué decir, aunque nos sigue pareciendo, eso sí, muy afín a nuestros pintores catalanes y valencianos; por donde vemos que las localizaciones geográficas de escuelas y tendencias son cosa muy problemática y deparadora de sorpresas. El aire pictórico español del Mediterráneo puede darse en Chile, quizá en Australia y quién sabe en cuántos sitios más". Señala el crítico que las telas del chileno las ve como "vueltas de espaldas a problemas de más empeño, renunciando a trascender del aspecto puramente visual". Es lamentable que desde hace muchos años Pacheco Altamirano siga sin propósito de cambio, con el sólo y aparente intento de un creciente éxito pecuniario.

Todo lo contrario de Sergio Montecino, cuya obra está señalando una progresiva perfección. Sergio Montecino hace en su pintura una fusión de las corrientes expresionista y *fauve*. La visión de la naturaleza está compensada siempre en su fidelidad objetivista por los rasgos inequívocos del sentimiento y de la emoción surgida en la contemplación del paisaje sureño preferido que tan entrañable traductor tiene en él. Su color es fresco, puro. Al ganar en limpieza ha ganado igualmente en transparencia y en finura.

La última retrospectiva ha sido dedicada al pintor Agustín Abarca. Perteneció este maestro, injustamente olvidado, al grupo de los artistas que se revelaron hacia 1913, cifra con la cual se designa su generación. La pintura de Abarca es melancólica, decorativista y, por la acusada importancia que en ella logra el arabesco con su juego caprichoso, monumental. Tiene el autor de *El solitario* un alma de poeta y este rasgo peculiar de su sensibilidad se traduce en visiones de un lirismo sordo y apagado, casi añorante.

Entre los acontecimientos artísticos del período que venimos reseñando figura la exposición de papeles recortados de *Henri Matisse*. Se celebró en el Instituto Chileno-Británico de Cultura, procediendo las obras de la colección del señor Sergio Larraín. El éxito entre el público y la crítica fué considerable debido a la belleza sutil y a la armonía refinada y siempre segura de estas piezas. Matisse recurrió

a esa técnica obligado por los achaques que le impedían utilizar las técnicas tradicionales. Papeles de diversos colores, recortados, formando entre sí combinaciones y conjuntos que a veces dan imágenes objetivas y a veces se reducen a simples juegos de formas abstractas. Es, sin duda, la maestría a que desemboca el afinamiento de la sensibilidad visual ejercitada a lo largo de muchos años y de experiencias sostenidas por el fervor de crear. Los hallazgos más audaces están presentes en estos cartones con los cuales Matisse ha llegado a un arte purificado.

El grabado ha estado representado por dos exposiciones importantes: *Grabado alemán contemporáneo* y *Grabado sueco contemporáneo*, ambas en la Sala de la Universidad, aunque con distinta fecha. Los alemanes son maestros incomparables de la técnica. Ningún camino les resulta ajeno y sacan partido de toda innovación. A veces la minuciosidad y cuidado en el tratamiento son tan acusados que las obras se resienten en sus efectos sobre el público y aparecen como frías. *La perfection jette le froid*, se ha dicho alguna vez. Este arte está muy cerca, por lo demás, del mecanismo de las artes gráficas. Quiero decir de ese arte sin sorpresa posible que resulta más de la técnica que de impulsos espirituales y creativos.

Con todo, no es posible negar la calidad artística de muchas de las obras expuestas en la Universidad. Las viejas normas del aguafuerte, del boj y de la litografía han pasado, renovándose, a procedimientos nuevos. La variedad de estilos permite seguir con cierta aproximación la plural inquietud del arte gráfico alemán en lo que atañe a los últimos años. Lo menos atendido viene a ser, obviamente, el impulso naturalista. Existen bastantes artistas que cultivan el *formalismo*, yendo muchos de ellos a la simple abstracción y al juego de los planos sin otra intención que la de dejar sobre el cartón un conjunto de líneas y de colores —cuando se trata de obra policromada— presididos por la ley de la armonía. No faltan las incursiones hacia el simbolismo, como es peculiar en la estética alemana.

En el grabado sueco el valor estético baja ya unos cuantos grados, sin que se adviertan unas características nacionales determinadas.

Ni siquiera el influjo maestro de Zorn ha persistido. Bien es cierto que el hábil pintor y aguafortista se dejó mecer por la grata atmósfera del impresionismo francés en un modo de tratamiento rápido, de grandes líneas que insinúan la morfología de las cosas sin apoyarse demasiado en el dibujo objetivo. Podríamos decir, como conclusión, que los grabadores suecos tratan de volver los ojos a la realidad espiritual y geográfica que los envuelve, sin desdeñar el contacto con las corrientes universales.

Entre las exposiciones colectivas hay que mencionar la realizada en el Círculo de Periodistas con el título de *Ayer y hoy*. Tratábase de exhibir un conjunto de obras antiguas y actuales. Dos de cada pintor, para señalar así el grado de evolución producido a lo largo de un período de unos cuantos años. La conclusión fué en la mayor parte de los casos decepcionante, pues se advertía a la simple vista que los pintores, lejos de avanzar en la conquista de la ardua técnica, habían retrocedido. En algunos era discernible un avance hecho de lógica interna. O sea, que en la obra lejana se ve el prenuncio de un estilo que irá evolucionando dentro siempre de idénticas características. El cambio ha sido evolución. Así se pudo comprobar en Camilo Mori, Héctor Cáceres e Inés Puyó.

En otros artistas se ha producido una ruptura violenta con el viejo estilo: Luis Vargas Rosas y Gregorio de la Fuente.

La nómina completa, además de los citados, comprendía: Augusto Eguiluz, Waldo Vila, Carlos Isamit, Marcos Bontá, Alfredo Aliaga y José Perotti.

En la Casa de la Cultura se celebró una exposición con el título de *La mujer en la plástica chilena*. La característica descollante fué la falta de un estilo definidor. Y, sobre todo, el bajo *standard* de calidad. Se quiso demostrar que existe en Chile un grupo de mujeres bastante numeroso que cultivan las artes plásticas. Pero el intento no logró convencernos —fuera de eso que se atiene al número— de que existiera el valor artístico.

A excepción de Ximena Cristi, Aída Poblete, Aída Correa, Judith Alpi, Dora Puelma y Mireya Lafuente, el resto —con la salve-

dad de algún nombre olvidado— no sobrepasa el nivel mínimo exigible a quien se enfrenta a la estimativa del visitante de exposiciones y de la crítica.

En las exposiciones individuales destacaron las de *Waldo Vila*, acuarelas, en el Taller 18. Vila trata con fortuna de dignificar, desde el punto de vista artístico, el influjo populista y folklórico. *Miguel Aníbal*, óleos y dibujos, en el Instituto Chileno-Francés de Cultura. Posee este joven artista una personalidad vigorosa. Domina la técnica y su dibujo es amplio y original. Sus apetencias expresivas y su virtuosismo le llevan, no obstante, a seguir con cierto servilismo el camino de otros creadores, especialmente Van Gogh (*Paisaje fabril, Zapatos viejos*). Cuando encuentre su voz más afín con la propia personalidad habrá que enfrentarse a un artista de valía y de méritos variados.

En el mismo Instituto Chileno-Francés colgó sus obras la joven pintora formada en la Escuela de Viña del Mar, *María Cristina Cisternas*. Voz indecisa aún, es dueña ya de un colorido fresco, juvenil, gratamente armonizado. En el Círculo de Periodistas se presentó *Luis Olivos*, tras un viaje por Europa y Estados Unidos. Sus óleos están como en crudo con escasa calidad de color, sin transparencia, a veces desaliñados y sucios. En cambio, en algunas acuarelas esos defectos aparecían sobremanera atenuados. Quiere decir que si persiste en cuidar su trabajo, elaborando más y poniendo mayor reflexión estará cerca de superar las dificultades anotadas.

Expuso en su propio taller *Pablo Vidor*. Este pintor húngaro persigue con ahinco la perfección paulatina y el afinamiento de su pupila. Su paleta ha ganado en claridad. El sintetismo peculiar de su modo estilístico se ha hecho más sobrio, más indigente. Vidor es uno de los artistas que poseen una personalidad más definida, mayor fervor. Tal vez le falte para redondear las excelencias de su arte algo de vuelo y de fantasía.

Dejemos consignado para la historia, además, que se celebró el *Primer Salón de Invierno*, constituido por un grupo de artistas que realizan su tarea en el dominio de la abstracción o cerca de ella. En

el salón se rindieron sendos homenajes a Luis Herrera Guevara, Román Rojas, Carlos Faz y el fotógrafo Sauré. Se destacaron los envíos de Roberto Matta, Nemesio Antúnez, Luis Vargas, José Ricardo Morales, Víctor Carvacho y, en escultura, Lily Garafulic y Arturo Edwards.

*Ernesto Barveda* expuso en el Instituto Chileno-Británico de Cultura. Su pintura ha evolucionado —o cambiado, mejor— hacia la tendencia que para designarla de alguna manera diremos realista popular. Hasta ahora no se advierte ventaja en la mutación. Es una pintura que atiende de preferencia al tema sobre los valores esencialmente plásticos. Narrativa, directa, melodramática.

*K. Schickelanz* trajo sus obras, desde el verde y húmedo sur, hasta la Sala del Banco de Chile. Sus acuarelas son un canto jocundo a la naturaleza, de mucho brío, de excelente técnica, con un impulso barroco que parece venir de los antecedentes tudescos del pintor. En los óleos su musa no le es, por ahora, tan propicia.

En la misma sala expuso *Ana Cortés* con su gracia femenina y suelta, como insinuada y vagorosa, pese a la construcción en planos. Ana Cortés está muy cerca de un impresionismo evolucionado. En la Sala de la Alhambra realizó su anual exhibición *Manuel Casanova Vicuña*, obediente al fiel neorromanticismo que cultiva. En el Instituto Chileno-Británico de Cultura expuso *José Ricardo Morales* un conjunto de témperas, puestas bajo el signo del optimismo cromático.